

faccion. Aceptado por todos el pensamiento, solicitaron del monarca la concesion, presentándole como medida benéfica para los naturales de las Indias, y el soberano firmó una orden para la remision de cuatro mil negros, concediendo este privilegio á su mayordomo mayor, que era tambien flamenco. El privilegio era codiciable, y el favorecido mayordomo lo vendió en veinticinco mil ducados á los genoveses. Así el padre Las Casas, dejándose arrastrar de su noble cariño hácia los indios, contribuyó al tráfico de otra raza desgraciada. ¡Qué cierto es que cuando el espíritu humano se deja avasallar de una idea dominante, incurre en palpitanes contradicciones, deseando llevar adelante su idea!

La proposicion hecha por el padre Las Casas y admitida por los ministros flamencos, ya habia sido hecha antes al ilustre cardenal D. Francisco Jimenez de Cisneros por otros individuos; pero aquel célebre hombre de Estado, aquel verdadero filántropo español, prohibió severamente que se le hablase de ello. El sabio Cisneros miraba á todas las razas como dignas de las mismas consideraciones; y él, que siendo regente ordenó la extincion de los repartimientos en las Indias, era imposible que consintiera en el tráfico de los negros.

Mientras los genoveses que habian comprado al mayordomo flamenco el privilegio para la contrata de los cuatro mil negros esclavos, vendian éstos á subido precio, el espíritu de nuevos descubrimientos se habia despertado entre los españoles que se encontraban en las islas, y de España salia nueva juventud en busca de aventuras y de fortuna.

## CAPITULO XI

Espíritu de empresas caballerescas que distinguia á los españoles.—Nueva expedicion.—Descubrimiento de la costa de Yucatan por Francisco Hernandez de Córdoba.—Origen del nombre de Yucatan.—El cacique invita á Córdoba á ir á la ciudad.—Celada que le tiende.—Hostilidades de los indios de Campeche contra los españoles.—Descalabro de Francisco Hernandez de Córdoba.—Muerte de él.

1517. Reducidos y estrechos se presentaban al espíritu caballeresco y de empresa de los españoles de la época mas gloriosa para España, los lindes de las colonizadas islas de Santo Domingo y Cuba. Abierta la carrera de los descubrimientos, que tenia para el caballero de aquellos dias el mágico atractivo de un romance puesto en accion, la guerrera juventud aspiraba un escenario sin horizontes, ámplo como su ambicion de gloria, deslumbrante como la idea de eternizar su nombre. El espíritu caballeresco, excitado por los cuentos maravillosos que la poética fantasía de los descubridores presen-

taba ataviados de rebosante y cautivador colorido, no podia resignarse á ser frio espectador de los sorprendentes acontecimientos que se sucedian, rodeando de una aureola inmortal la frente de los personajes que en ellos figuraron, y cada jóven hidalgo aspiraba á ser actor en el teatro de alguna arriesgada aventura que atrajese sobre su nombre la inmortalidad por sus hazañas. Esa noble ambicion de gloria, fecunda siempre en brillantes resultados, lanzó á empresas grandiosas y arriesgadas á intrépidos marinos y guerreros, en que el osado protagonista arriesgaba, gustoso, su fortuna y su vida.

Los progresos del descubrimiento se habian extendido bajo el espíritu caballeresco y religioso que constituia el carácter español de aquella época. Se habian explorado las multiplicadas islas que forman el gran archipiélago de las Antillas, y reconocido la pintoresca costa, desde la desembocadura del Orinoco hasta Honduras, y ascendiendo la poderosa barrera del istmo de Panamá, Vasco Nuñez de Balboa descubria el importante mar del Sur en 1513. La fértil isla de Puerto Rico se encontraba pacificada y floreciente; y la Florida quedaba descubierta por el caballero Ponce de Leon que, dando crédito á las maravillosas narraciones de los indios, habia ido en busca de una admirable fuente, cuyas preciosas aguas tenian la virtud de rejuvenecer á los ancianos. Las costas del continente meridional hasta el rio de la Plata habian sido reconocidas por Alvarez de Cabral y Solís; Magallanes dejaba descubierto entre la América Meridional y la Tierra del Fuego el estrecho que lleva su nombre; y Juan Sebastian Cano, el ilustre

marino español, honra de su pueblo Guetária, hacia en la *Victoria* el viaje de circunvalacion, siendo el primero que tuvo la gloria de dar la vuelta al mundo. Tres años tardó en aquel peligroso viaje que inmortalizó su nombre, y Cárlos V le dió por armas, en premio, un globo terráqueo con el siguiente lema: *Primus me circumdedisti*.

En 1517 se hallaba en la isla de Cuba un número crecido de hidalgos y soldados españoles, ávidos de lanzarse á nuevos descubrimientos. La fama de la prosperidad á que habia llegado la isla bajo la administracion de D. Diego Velazquez, habia llevado á ella á muchos caballeros de importancia que, no encontrando en el Darien ni en Santo Domingo la dulce realidad de sus dorados ensueños de gloria y de ventura, marcharon en pos de la fortuna que su esperanza les indicaba la encontrarían en el nuevo y próspero establecimiento. Las deslumbradoras ilusiones se desvanecieron, al llegar, como se habian desvanecido las que habian acariciado antes de conocer el Darien. La isla de Cuba se hallaba en un estado floreciente; pero las tierras mejor situadas y productivas tenian poseedores; la poblacion española abundaba, y los soldados no tenian objeto en ella, reinando como reinaba, la paz y el orden.

Viendo defraudadas sus esperanzas, los que en busca de una posicion ventajosa habian marchado, abandonando el Darien, resolvieron lanzarse á nuevos descubrimientos, con el objeto de establecerse en las tierras que encontrasen. Resueltos á la empresa, comunicaron su pensamiento á un hidalgo español llamado D. Francisco Hernandez de Córdoba, persona de gran valor, rica, poseedora de varios pueblos de indios en la isla de Cuba, y do-

tada de relevantes cualidades. El hidalgo caballero acogió el pensamiento con ardiente entusiasmo, ofreciéndose á sufragar los gastos de la expedición y á marchar en ella. Elegido capitán por la intrépida gente que anhelaba ver realizados sus ensueños de felicidad y de renombre, compró dos bajeles á personas establecidas en la isla, y envió á los principales individuos que se habían puesto bajo sus órdenes á que solicitasen del gobernador Velazquez otro barco, cuyo importe sería pagado en un plazo que se fijaría. Aplaudió D. Diego Velazquez el pensamiento y se manifestó dispuesto á obsequiar la proposición que se le hacía; pero á condición de que se había de admitir otra suya. Se necesitaban en la isla de Cuba brazos para el cultivo de las tierras y para el trabajo de las minas. El gobernador ofreció dar el barco que se le pedía, á condición de que antes que lo diese se obligasen los soldados que formaban la expedición á ir de guerra á unas islas de caribes, situadas entre Cuba y Honduras, y volver á su presencia con los indios prisioneros que hiciesen, los cuales los recibiría como pago del bajel, pues podría disponer de ellos como esclavos.

Expedición de Francisco Hernandez de Cordoba. Nunca se ha manifestado mas la independencia del carácter español, que en la digna respuesta que los solicitantes del barco dieron al gobernador, y ella prueba las órdenes terminantes dadas por los reyes para que nadie osase ofender ni atacar la libertad de los indios. «Lo que nos pedís, señor Gobernador—contestaron los comisionados—no lo manda Dios ni el Rey. Por el contrario, uno y otro nos prohíben que hagamos de los indios esclavos; pues uno y otro nos man-

dan que los veamos como á hermanos en Jesucristo» (1).

Velazquez comprendió que su proposición era, con efecto, opuesta á las instrucciones recibidas del soberano, y tratando de reparar su falta ante los leales vasallos de S. M. aplaudió su respuesta, y celebrando el pensamiento de querer descubrir nuevas tierras que extendiesen los horizontes de la monarquía española, no solo accedió á fiar el barco que le pedían, sino que, tomando parte en la empresa, proveyó los tres bajeles con los bastimentos necesarios para el viaje.

La expedición salió de la Habana el 8 de Febrero de 1517. Se componía de ciento diez soldados, entre los cuales se contaba el sincero Bernal Diaz del Castillo, compañero, mas tarde, del célebre Hernán Cortés, y veraz cronista de los hechos referentes á la conquista de Méjico.

El viaje se emprendió á la ventura, navegando hacia el Occidente, sin conocer bajos ni corrientes, marchando en pos de imaginarias regiones, cual en las fantásticas leyendas de los libros de caballerías nos presentan á los andantes caballeros recorriendo ignotas selvas en busca de maravillosos reinos.

D. Francisco Hernandez de Córdoba, dominado del espíritu caballeresco de empresa, había entrado en aquella expedición, que tenía, para sus levantados pensamientos, el mágico atractivo de la gloria, arriesgando por lo

(1) Bernal Diaz, que fué uno de los que se presentaron á Velazquez, dice: «Y desde vimos los soldados que aquello que pedía el Diego Velazquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo mandaba Dios ni el rey, que hiciésemos á los libres esclavos.»

dudoso las positivas riquezas que poseía en la isla de Cuba (1).

Descubrimiento  
de la costa de  
Yucatan.

En cuanto la flotilla dobló el cabo de San Anton que termina y cae hacia la punta occidental de la isla de Cuba, indicó el primer piloto Alaminos á D. Francisco Hernandez de Córdoba, que seria conveniente tomar el rumbo del Oeste. Alaminos habia navegado, siendo muy joven, con D. Cristóbal Colon, y manifestó á Córdoba que el almirante se habia inclinado siempre hácia aquel rumbo. Bastó la indicación del piloto Anton Alaminos para que Córdoba se resolviese á marchar en la direccion que indicaba. Fuertes y terribles fueron los vientos contrarios con que la flotilla se vió precisada á luchar; pero al cabo de veintiun dias de angustias y de peligros, se encontró á la vista de una costa extranjera y desconocida.

La vista de la tierra llenó de regocijo á la tripulacion que varias veces habia estado á punto de ser víctima de las ondas.

Los ojos de todos se clavaron con avidez en aquella nueva region, no descubierta hasta entonces y de la cual ni aun se tenian noticias. Una gran poblacion con edificios que revelaban mayor cultura en sus habitantes que en los de las islas hasta entonces descubiertas, se veia como á dos leguas de la costa. Los españoles, admirados de encontrar una ciudad que presentaba el aspecto de las poblaciones europeas, le pusieron el nombre de *Gran-Cairo*.

(1) Sufre una sensible equivocacion el distinguido historiador Prescott, cuando al hablar de esta expedicion, dice que D. Francisco Hernandez de Córdoba la emprendió «en busca de indios esclavos». Que no fué así, lo hemos visto por la contestacion que los expedicionarios dieron al gobernador Velazquez.

Hernandez de Córdoba ordenó que el barco de menos calado fuese á reconocer el punto de la costa en que seria mas conveniente surgir, y poco despues la flotilla anclaba á corta distancia de tierra.

Millares de indios aparecieron en la playa al ver detenerse á los bajeles. No iban los habitantes de aquella tierra desnudos como los naturales de la isla de Cuba. Llevaban, por el contrario, vestidos de algodón mas ó menos finos, y estaban bastante bien armados. Consistian sus armas defensivas, en una coraza gruesa de algodón y en un escudo hecho de diversas materias: las ofensivas eran el arco y la flecha, la honda, la lanza y la macana. Era gente resuelta y vigorosa; tenian las caras pintadas de diversos colores y manejaban las armas con destreza y gallardía.

Los españoles les hicieron seña de paz, invitándoles á que pasasen á los buques, deseando entablar comercio con ellos. Inmediatamente aceptaron la invitacion, y el mismo cacique pasó á bordo del barco de D. Francisco Hernandez de Córdoba con varios de sus mas distinguidos vasallos, donde fueron obsequiados con una comida y con algunos presentes de cuentas de vidrio, quemiraron sorprendidos.

Origen del nombre de Yucatan. La visita del cacique se repitió al siguiente día, y manifestando por señas que anhelaba corresponder á los obsequios con que se le habia favorecido, invitó á Hernandez y á su gente á que saltasen á tierra en doce canoas que llevaba, y pasasen al pueblo en que habitaba, donde serian tratados dignamente. Córdoba le preguntó entonces por el nombre del país; pero no comprendiendo nada, dijo mirando á uno de sus consejeros,